

"Liberales Ilustres Mexicanos."



Ese día á las dos y media de la tarde, pocas horas después de haber hecho su testamento falleció, y el Gobierno del Estado hizo por su cuenta los funerales. Las sociedades obreras, los clubs políticos, los empleados civiles y militares, y mucha gente del pueblo, le acompañaron á su última morada en el panteón de San Miguel de Belem. El Lic. Ignacio L. Vallarta D. José María Vigil y D. Nestor, Vargas, pronunciaron oraciones fúnebres, encareciendo las cualidades que adornaban la vida pública y privada del finado.

El gobierno expidió este decreto: "Artículo 1.º Se declara Benemérito del Estado al ciudadano Gregorio Dávila; Artículo 2º. Los empleados civiles y militares vestirán de luto por el término de nueve dias en testimonio del profundo dolor que ha causado al Estado la muerte de este ilustre ciudadano."

En verdad el Sr. Dávila bien merecía estos honores: era un gran jurisconsulto, un ciudadano útil, un liberal que con entera cordura procedía al obrar como jefe del partido en Jalisco. El origen de sus simpatías fué el reposo, el acceso y la rectitud, que no le abandonaron nunca. Sus ideas políticas hacían la síntesis de las del pueblo en medio del cual había nacido, se había creado y vivía.

Dominaba en la opinión pública por su caudal de conocimientos, por sus antecedentes y su fácil y clara palabra.

En la historia de Jalisco, y de la época más borrascosa, ocupa lugar distinguido.

ANGEL POLA.

Los datos de esta biografía fueron ministrados á su autor por la Srita. Emilia Beltrán y Puga, el general don Refugio I. González y el Sr. Manuel Dávila.

SOLEDAD SOLÓRZANO DE RÉGULES.

1844—1884

Vió la primera luz en Tlálpam (D. F.) el día 28 de Mayo de 1844. Sus padres fueron el Sr Manuel Solórzano y la Sra. Irene Ayala, ambos originarios de Morelia (E. de Michoacán.) Duran su niñez se hizo notable por su docilidad y la precocidad de su inteligencia, pudiéndose facilmente deducir del conjunto de sus acciones sus grandes virtudes cívicas y privadas.

Cosa notable, á pesar de encontrarse rodeada en esta época de su existencia de personas religiosas hasta el fanatismo, jamás se le vió en sus actos religiosos llegar á tan lamentable extremo.

De caracter jovial, sencilla y naturalmente modesta en su trato, fué la niña estimada de cuantas personas la conocieron, el encanto de su hogar y orgullo muy legítimo de su familia. A la temprana edad de quince años contrajo matrimonio con el Sr. Nicolás de Régules á la sazón Teniente Coronel de Caballería y Comandante Militar de Morelia.

La consecuencia inmediata de su cambio de estado fué la pérdida de su tranquilidad; pues el Sr. Régules, habiendo tomado activa participación en los acontecimientos de esa época, se veía frecuentemente obligado á separarse de su hogar para ir á luchar contra la Reacción.

Muchas y muy elocuentes pruebas dió en

el transcurso de la guerra llamada de Tres Años, de la entereza de su espíritu y de su noble abnegación por la santa causa de la libertad que con tanto patriotismo defendió el Sr. Régules, mereciendo referirse que en todo el lapso de esa guerra no llegó á pisar los dinteles de su hogar el citado jefe, no porque le faltara manera de hacerlo, sino porque exageradamente digno, en lugar de ir á buscar refugio y elementos de guerra en la ciudad de Morelia como lo hacían otros jefes después de cada derrota, él prefería aprovechar los que arrebatava al enemigo, lo cual lo comprueba el párrafo de una carta que tenemos á la vista y que le dirigió nuestra heroína á su esposo el 8 de Marzo de 1860: "A pesar de que ya han transcurrido veinte meses sin verte y que siento que la energía de mi alma me abandona, alabo tu determinación de no volver á ésta sino cuando quites á los Reaccionarios los elementos que llevaste de aquí. Dios te prestará su ayuda, por que la causa que defiendes es santa, pues su triunfo redundará en beneficio de la humanidad."

Otros rasgos no menos bellos podríamos citar; pero con el objeto de no alargar mucho estos apuntes referiremos aquellos hechos que tuvieron lugar al principio de la guerra de Reforma.

A mediados del mes de Abril de 1859 se supo en Morelia que el Gral. Márquez mar-

chaba sobre la citada plaza y que sin duda alguna cometería con las indefensas familias de los liberales que ahí estaban radicadas, otro atentado como los asesinatos que acababa de efectuar en Tacubaya, toda vez que el Sr. Gral. Huerta no podía defender la plaza por la falta absoluta de elementos. Lo alarmante de la situación hizo que las familias que pudieron salir de Morelia lo efectuaran, verificándolo así la Señora de Régules, rumbo á las Balsas (Guerrero) por donde tendría que pasar su esposo de regreso de las costas del Pacífico, adonde había ido á recoger un armamento que el gobierno liberal mandaba á las fuerzas de Michoacán por conducto de contratistas de los Estados Unidos.

En la Hacienda del Tejamanil tuvo la suerte de encontrarlo. Al verla el señor General no pudo contenerse, reprochándole el haberse expuesto hasta á perder la existencia poniéndose en camino casi en vísperas de dar á luz, á lo que ella contestó: "*Prefero mil veces morir antes que encontrarme cerca de tus enemigos escuchando malas apreciaciones de tu persona.*"

En el transcurso de la Guerra de Tres Años su vida fué un continuado martirio, pues lo refirió de esa lucha, en la que casi diariamente había encuentros de mayor ó menor importancia, hacía que frecuentemente recibiera noticia de la muerte de su esposo para ser desmentida ó ratificada después. Ocurrió en más de una ocasión, que las personas de su amistad, entre las que figuraban las principales autoridades y por consiguiente quienes debían estar mejor informadas, fueran á darle el pésame por la seguridad que tenían de tan triste suceso.

Un día se presentó el asistente del ya Coronel Régules, todo lloroso, conduciendo de la brida los caballos de silla de su jefe, manifestando á la afligida esposa, que el señor Coronel había salido entre los dispersos del malogrado asalto á la plaza de Acámbaro; que quién sabe qué suerte habría corrido y que venía á entregarle su equipaje y caballos. Más tarde se presentaron en su casa algunos Gefes y Oficiales de los que habían concurrido al asalto para manifestarle su sentimiento por la casi indudable muerte de su esposo. Testigos de esta escena afirman que nuestra heroína sin inmutarse, aunque densamente pálida preguntó: — "*¿Murio cumpliendo con su deber?*"

— "*Si, señora le contestaron, por salvar á sus soldados.*" Al día siguiente llegó á Morelia el Sr. Coronel Régules con un puñado de valientes que logró escapar á la furia de sus enemigos y después de cumplir sus deberes militares se presentó en su casa encon-

trando la sala convertida en capilla ardiente, y á su joven esposa, que ni aun viéndolo, creía que estuviese sano y salvo. Cosa notable: aquella mujer que no lanzó una queja al saber, el infausto acontecimiento, no tuvo fuerza para resistir tanta ventura y calló desmayada en los brazos del noble soldado de la República.

Después de la brillante toma de Cuautla, regresó á Morelia el Sr. General Régules habiendo obtenido del Sr. Juárez permiso para retirarse á la vida privada, toda vez que sus deberes de buen español, le impedían batirse contra sus hermanos. Pocos días habían transcurido cuando recibió dos extraordinarios, uno mandado por el Señor Presidente y el otro por el Señor General Zaragoza; ambos le manifestaban que habían sido satisfactoriamente arregladas las dificultades pendientes con España, y que marchara á incorporarse al ejército que operaba en Oriente á las órdenes del mismo General Zaragoza.

Después del desastre de Puebla, regresó á Morelia el Señor General Régules, saliendo á poco tiempo rumbo á Tacámbaro con el objeto de recibirse de la Comandancia Militar y organizar fuerzas en aquel punto.

Nuestra heroína no quiso permanecer en la capital del Estado, ni tampoco radicarse en México, lugares en donde á no dudar hubiera disfrutado de algunas garantías, preferiendo efectuarlo en los puntos no ocupados por el invasor y mucho menos por los traidores. Así fué que en Septiembre de 1863 abandonó á Morelia y se dirigió á Codallos. En ese pueblo estableció un hospital para los patriotas heridos ó enfermos, el cual fué atendido científicamente y sin estipendio alguno por el Dr. Palacios y personalmente por ella, en todo lo relativo á la alimentación y demás cuidados, adquiriendo una aptitud notable en las curaciones, vendajes, etc., etc., como cualquier practicante en medicina.

Por desgracia los invasores ganaban terreno, y los mexicanos luchaban con el aliento del patriotismo. Como consecuencia de esa lucha desigual y de las frecuentes derrotas sufridas, las filas de los republicanos se debilitaban de una manera alarmante, llegando al extremo de quedar reducidos á un puñado de jefes en su mayoría enfermos ó heridos.

Fué ya entonces imposible conservar la plaza de Tacámbaro, y sabiendo nuestra matrona que los imperialistas marchaban sobre ella, condujo á sus enfermos á las casas de varios vecinos; lo violento del asalto, hizo que no pudiera abandonar la población, tomando el partido de ocultarse con sus pequeños hijos en un espeso platanar. Los alimentos em-

pezaron á escasear y tuvo la necesidad de abandonar su escondite, teniendo la fortuna de no ser descubierta y la no menos grande de saber que entre los asaltantes se encontraban algunos buenos patriotas que, víctimas de la traición del Coronel Elizondo, habían caído en poder del invasor.

Una idea muy en armonía con sus sentimientos le vino á mover su patriotismo y la puso en práctica inmediatamente. Valióse de una persona de toda su confianza para hacer llegar á manos del C. Casiano Chávez, Oficial del Escuadrón Fijo de Michoacán, un papel en el cual le suplicaba tuviera con ella una entrevista: verificóse ésta y en ella le juró el valiente soldado que en la primera oportunidad se iría en unión de sus compañeros á reunirse con las fuerzas republicanas.

En efecto, poco tiempo después, recibió nuestra heroína una carta del Oficial antes citado, en la que le decía, poco más ó menos:

"*El Escuadrón fijo de Michoacán, abandonará las filas de los traidores el día 14 de Mayo próximo (1864) á las dos de la mañana, tenga Vd. la bondad de comunicárselo á mi General para que ocurra á proteger nuestra evasión de Ario, por el camino de las Escobillas.*"

Después de estos acontecimientos puede decirse que ya no volvió á pisar una población; pues casi todas fueron ocupadas por los imperialistas; internóse á la tierra caliente, en la cual sus sufrimientos crecieron hasta lo increíble; allí las frondosas copas de los árboles les servían de lecho protector, los alimentos escaseaban tanto que en más de una ocasión se vio precisada á no tomar ni dar á sus pequeños hijos, sino las frutas silvestres; sus vestidos llegaron á convertirse en verdaderos andrajos, el calzado tuvo que remplazarlo con *guaraches* y cuando faltaban pieles con que improvisar los los fabricaba de madera.

Como consecuencia de todo lo referido, su salud y la de sus hijos se resintió á tal grado, que fué á acercarse á una población. La elegida fué Tacámbaro, que en aquellos días estaba en poder de los republicanos, aunque desgraciadamente se hallaba resintiéndose los efectos de una epidemia de viruela. A los pocos días se declaró en sus hijos la terrible enfermedad, á la sazón que una columna de belgas y traidores se dirigía sobre la plaza. No era posible pensar en abandonarla y tuvo que resignarse á las consecuencias de permanecer en ella.

Tan luego como los imperialistas tuvieron conocimiento de que se encontraba en la población la esposa del Caudillo del Ejército del Centro, sin miramiento á su sexo ni á la triste situación en que se encontraba, procedieron á

aprenderla (1) siendo conducida á medio vestir entre las filas de aquella soldadesca y llevada al cuartel de la Iglesia. Poco tiempo después se presentó el jefe de la columna asaltante y mostrándole varios utensilios de guerra que habían sido recogidos de la casa en que fué aprehendida, le preguntó qué significaba el que se hubieran encontrado esos objetos en su habitación; que si eran para los *ladrones, los bandidos que con el título de republicanos infestaban el país, para los cobardes que no osaban ponerse frente á ellos.* A lo que con extrema entereza contestó nuestra heroína: "En efecto todos esos pertrechos de guerra están destinados á los valientes defensores de la autonomía de mi patria, pues que los bandidos los ladrones y cobardes son ustedes y lo prueban de una manera elocuente con el atentado de que soy víctima en estos momentos."

Los mas groseros insultos fueron la contestación que obtuvo de aquel indigno Jefe, llegando al extremo de arrebatarle de sus brazos á una niña de tres meses á quien daba el seno.

Serían las seis de la tarde cuando de nuevo se presentó el Jefe belga, manifestándole que acababa de recibir dos extraordinarios los cuales le manifestaban que el General Régules marchaba sobre la plaza de Tacámbaro, la cual estaba decidido á defender á toda costa, aunque según los pormenores que le daban era probable que fuera vencido; que al comunicárselo, lo hacía con el fin de que le escribiera á su esposo, obligándole á desistir de tal empresa, pues de lo contrario, la primera sangre que se derramara, sería la suya y la de sus hijos.

— Jamás haré lo que usted me pide, le contestó, pues conozco de sobra los sentimientos de mi marido; si yo tuviera la debilidad de acceder á los deseos de usted, me juzgaría indigna de su nombre.

El Jefe belga no pudo ocultar su disgusto, insistió en su pretensión recurriendo primero á los buenos tratamientos y en seguida á las amenazas más cobardes; mas desesperando por último, ante la inquebrantable energía de aquella valerosa mujer, cometió la infamia de maltratar á sus hijos casi moribundos en su presencia; haciéndola conducir al reducto de la iglesia.

Sería la media noche cuando de nuevo se presentó en la trinchera el Jefe antes citado y le dijo: "Antes de mucho, su marido ocupará el cerro que tiene usted enfrente y es seguro que romperá el fuego sobre la plaza en general y

(1) Quien denunció y aprehendió á la Señora Solórzano fué un médico que acompañaba á la columna belga y que fué muerto después de la toma de Tacámbaro por un guerrillero.—Nota de un testigo presencial.

sobre esta trinchera particularmente, puesto que es el primer obstáculo que tendrá que vencer; aún es tiempo, escribale usted pues de lo contrario será la única responsable de lo que suceda.

— Señor comandante, le contestó, ya sabe usted mi resolución, ésta es irrevocable. Le ruego no torture más mi espíritu con sus cobardes pretensiones que más parecen venir de un miserable que de un jefe del ejército belga.

— Le doy á usted tres horas para que lo reflexione.

Como á las cuatro y media de la mañana se volvió á presentar y la dijo: — Las chusmas que manda el cobarde de su esposo, ya han tomado posesión del cerro, escribale que desista de su propósito. A lo que ella contestó:

— Sea usted soldado de honor y procure defenderse de esas chusmas, como usted las llama.

Aquel enojoso diálogo fué interrumpido por un relámpago que brilló en la cima del cerro, y se escuchó una detonación; una bala pasó zumbando sobre la trinchera y en ella se estrelló una granada que al hacer explosión llenó de tierra á nuestros interlocutores.

Horrible gritería se escuchó; el pánico más atroz se apoderó de aquellos hombres; nadie hacía caso de sus Jefes, y una mayoría, creyendo encontrar mejor refugio en la parroquia corría hácia ella en el mayor desorden.

Trescientos hombres á lo más quedaron en la trinchera, los suficientes, sin embargo, para contener la columna de ataque que se precipitaba sobre ella.

Serían las cinco de la mañana; apenas si se distinguían los objetos, y menos todavía á causa del humo producido por las descargas de los defensores del punto; la columna de ataque no se determinó, sino cuando sus ballonetas punzaban las carnes de aquellos desdichados; al frente de ella se encontraba el General Régules... hubo un momento de vacilación y los asaltantes sin duda alguna hubieran penetrado en la plaza, si en esos momentos no hubieran sido reforzados los belgas por tropas de refresco.

En esta primera tentativa los republicanos fueron rechazados, con pérdidas de gran consideración.

Después de tres horas de reñidísimo combate, durante las cuales los sufrimientos de la Señora de Régules fueron innarrables se inició por segunda vez el asalto; en esta ocasión la suerte les fué propicia á los republicanos y la trinchera cayó en su poder.

El primero que penetró fué el General Régules, los infantes que le siguieron materialmente se multiplicaban para defenderse del encarnizamiento de los belgas; en la horrible

confusión natural en estos casos, nuestra heroína estuvo á punto de ser muerta por los soldados republicanos, sus ballonetas ya iban á desgarrar sus carnes cuando fué reconocida; un vecino patriota apellidado Molina tuvo esta suerte y él fué quien tomándola en brazos la sacó de aquella horrible situación y la condujo á una casa próxima.

Las nueve de la mañana serían cuando los imperialistas se rindieron á discreción; en seguida reconcentraron en la plaza á los subisistentes que como era de suponer, no esperaban cuartel, toda vez que ellos no lo daban y menos todavía por las circunstancias especiales en que se habían colocado por la villanía de su Jefe.

El General Régules conservaba la sangre fría que todos le reconocieron en lances de esta especie, pero ésta empezaba á abandonarlo y llegó á ser presa de la desesperación viendo que era inútil toda pesquisa para encontrar á su familia. Al interrogar al Jefe belga que estaba mortalmente herido, tan solo señalaba los escombros que antes fueron grueso muro. Todo hacía suponer una horrible desgracia.

Este estado guardaban los acontecimientos, cuando llegó Molina manifestando que nuestra matrona se encontraba sin novedad en la casa del Señor Cornejo.

Pasados los naturales trasportes de alegría que tuvieron lugar al encontrarse sanos y salvos los héroes de esta escena, la mayoría de los Jefes insistió en conocer los detalles de todo lo ocurrido.

Nuestra heroína no tuvo inconveniente en referirlos; los ánimos de todos, que ya se habían calmado se iban enardeciendo á medida que se cercioraban del infame comportamiento que habían tenido con aquella sublime mujer á quien la mayoría de los Jefes republicanos daban el tierno nombre de Mamá Chole.

De punto subió su ira cuando relató la manera como fué sacada de su casa por el médico francés y las vejaciones que sufrió de aquella soldadesca, al ser llevada á la trinchera. Ya nadie pensó sino en hacer pagar con la vida de aquellos miserables, los terribles ultrajes inferidos á una dama por todos títulos acreedora á las mayores consideraciones, y quizá hubieran sacrificado á todos los prisioneros á pesar de las terminantes órdenes contrarias del General en Jefe, si nuestra matrona no hubiera calmado los ánimos con sus tiernas súplicas.

En este estado las cosas fué descubierto el médico francés que desde el principio del ataque se había ocultado. El Coronel Jesús Gómez fué quien tuvo la desgracia de identificarlo, y sin poderse contener sacó su revólver y le dió un tiro en la frente. En seguida se presentó

Liberales Ilustres Mexicanos

IGNACIO ZARAGOZA.



LIBERALS ILLUSTRS MEXICANOS